

Antropología en la modernidad. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Editores). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología. 1997, 399 páginas.

Un libro distinto, sin duda y, por eso, oportuno y necesario. No nos encontramos aquí con los tradicionales estudios que tienen como soporte el “trabajo de campo” y el registro etnográfico realizado en alguna “comunidad” indígena o entre alguno de los “grupos negros” del país; nos encontramos en cambio con un posmoderno *collage* donde las preguntas se han reformulado con la intención de reconocer problemas.

El libro lo conforman diez ensayos escritos por antropólogos y otros científicos sociales que expresan enfoques, metodologías y experiencias de investigación distintas, precedidas por una introducción a cargo de los dos editores, ambos antropólogos, la una, laboriosa investigadora y directora del ICAN y el otro, joven, inquieto y penetrante investigador del mismo instituto. La unidad del libro está definida por dos grandes puntos de encuentro.

Por una parte, la intención (provocación) básica de los editores: contribuir a propiciar un cambio en la “mirada antropológica” (parafraseando a M. Foucault) en Colombia, lo que conduce textualizar o contextualizar lo que ellos mismos denominan “una antropología en la modernidad”. Es decir, una reedificación del campo antropológico, del orden de sus preguntas y del instrumental conceptual y metodológico con los cuales se construye su discurso. Para los editores, en un contexto de “globalidad e interrelación”, las experiencias culturales no sólo son múltiples, sino que necesitan ser analizadas en su complejidad, trascendiendo “las ficciones etnográficas de la comunidad y cultura como unidades metodológicas que se autocontienen y se explican en sus propios términos” (Introducción; 11). Por otra parte, los diez ensayos se organizan al rededor de “tres motivos fundamentales”: las identidades, etnicidades y movimientos sociales que, aunque son temas trabajados por la antropología del país con cierta recurrencia, se abordan aquí con enfoques, conceptos y metodologías cuyo campo común es la cultura o, como prefieren decir los editores, las culturas.

Situados, o mejor, resituados en el campo de la cultura o de las culturas, los límites precisos del objeto antropológico y de la disciplina misma se tornan difusos y los trasvasamientos conceptuales y metodológicos se tienden a imponer ante la necesidad de nuevos análisis.

Aunque relativamente tarde, si nos atenemos a parámetros comparativos internacionales, con este libro, como expresión de búsquedas distintas, la antropología colombiana acorta distancias con los ámbitos académicos más sólidos de una disciplina que se encuentra signada por los intentos de cambios de enfoque, la explosión temática y el desconcierto crecientes.

En efecto, dos recientes manuales de antropología aluden a este panorama. Cuando en 1991 el antropólogo norteamericano Marvin Harris hizo una nueva edición revisada y ampliada de su ya celebre *Introducción a la antropología general* (1991, 1992) subrayó como un cambio sustantivo la ampliación del horizonte

temático de su perspectiva antropológica, al desplazar “el enfoque crítico del colonialismo a los problemas contemporáneos de los estados industriales”. Al tiempo, sostuvo que “afrontar desafíos globales”, implica aprender a pensar en términos globales” y, por lo tanto, que se imponía una actualización del conocimiento científico. Harnis no oculta su intención de encontrar un nuevo discurso totalizante, paradigma que ha caracterizado a la antropología. Por otra parte, el *Diccionario Akal de Antropología*, de los antropólogos franceses Pierre Bonte y Michael Izard (1991, 1996), sostiene que los antropólogos no se contentan ya con hacer antropología, ahora también se interrogan acerca de las condiciones bajo las que se elaboran sus investigaciones, sobre la pertinencia de sus métodos y los fundamentos de sus problemáticas. Desde esta perspectiva han iniciado una toma de distancia con respecto a las concepciones totalizadoras del saber antropológico. La “explosión” de la disciplina y el “desconcierto” entre los investigadores, según Bonte e Izard, están conduciendo a distintas alternativas: para unos, la búsqueda de un nuevo carácter positivo, mientras que para otros, de lo que se trata es de poner el acento en la subjetividad del trayecto etnológico y en la relatividad de las interpretaciones.

La introducción y los diez ensayos de este libro son un buen ejemplo de la posible tendencia de la disciplina. En efecto, con la selección de los ensayos y en la Introducción, Uribe y Restrepo proponen colocar en el centro del análisis a los fenómenos culturales (de los cuales los ensayos son lecturas alternativas), al tiempo que sugieren - provocan la metodología para su interpretación: “en contextos de interacción, transversalidad y fragmentación de las experiencias culturales”.

Christian Gross analiza la paradoja que resulta de la interacción entre el contexto neoliberal y la autonomía del movimiento social indígena, según la cual, el primero no puede negar al otro y ambas tendencias se interceptan. Peter Wade reflexiona acerca de un socorrida y falsa oposición, la homogeneidad cultural como propósito del discurso- proyecto nacional y la diversidad cultural como expresión de resistencia de lo popular, mostrando las complicidades y contradicciones presentes en ambos lados. Santiago Villaveces aprovecha el caso del éxito de la empresa Foto Japón para analizar como un simple fenómeno de copia o replica cultural, en esencia constituye un interesante fenómeno transcultural, de apropiación y adaptación cultural. Francisco Gutiérrez se apoya en una actitud, “el pesimismo democrático” en Bogotá, para analizar la cultura política y su relación con el sistema democrático. Arturo Escobar, teniendo como referente el Pacífico colombiano, muestra la complejidad de las relaciones entre los actores presentes (Estado, Capital, movimientos sociales) y sus respectivos discurso acerca de un espacio tradicionalmente analizado como “naturaleza”.

Mauricio Pardo, teniendo también como trasfondo el Pacífico colombiano, abre nuevas perspectivas de análisis al explicar las relaciones, contradicciones y conflictos entre varios actores sociales implicados en el desarrollo económico y social de la región: los organismos no gubernamentales las organizaciones de base y los agentes gubernamentales. Annie- Marie Losonczy, reflexiona acerca de las fluidas relaciones interétnicas entre negros y embera en el Chocó y sus consecuencias: sus

respectivas construcciones históricas y la identidad; los sentidos de pertenencia y sus niveles; y la trama común tejida por unos y otros.

Eduardo Restrepo se preocupa por la construcción discursiva de lo negro en Colombia, desde el ámbito académico y su influencia en la configuración de la identidad étnica. Tania Roelens y Tomas Bolaños, psicoanalistas, analizan el caso de una comunidad ambera afectada por extraños comportamientos, adentrándose en un mundo de fronteras culturales difusas, donde lo espiritual y lo material se confunden, así como la enfermedad y la salud.

Joanne Rappaport y David D. Gow, analizan la situación de las poblaciones indígenas paces desplazadas después del sismo del 6 de junio de 1994, las transformaciones culturales que experimentan y el papel del discurso estatal para manejar esta situación.

Oscar Almario G.

Departamento de Historia

Universidad Nacional de Colombia

Sede Medellín